



CUARTO SANTUARIO

UN SANTUARIO NO COSTRUIDO POR MANOS HUMANAS

De la Carta a los Hebreos (9,11-14)

Cristo, en cambio, ha venido como Sumo Sacerdote de los bienes futuros. El, a través de una Morada más excelente y perfecta que la antigua –no construida por manos humanas, es decir, no de este mundo creado–entró de una vez por todas en el Santuario, no por la sangre de chivos y terneros, sino por su propia sangre, obteniéndonos así una redención eterna. Porque si la sangre de chivos y toros y la ceniza de ternera, con que se rocía a los que están contaminados por el pecado, los santifica, obteniéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por otra del Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras que llevan a la muerte, para permitirnos tributar culto al Dios viviente!

Lo que llamamos *Carta a los Hebreos* es en realidad un magnífico discurso sobre el sacerdocio de Cristo (cf. *Heb*, 13,22) escrito y luego difundido entre las comunidades cristianas víctimas de persecuciones. La carta es una invitación a permanecer firmes en Jesús «autor y perfeccionador de la fe» (12, 2), mediador entre Dios y los hombres. Para ayudarnos a comprender el sentido de la obra de Cristo, el autor se refiere al lugar que para los Judíos era el lugar de mediación por antonomasia: la Tienda del Congreso, donde estaba custodiada el Arca de la Alianza y donde Moisés iba a encontrar al Señor. Este lugar tan íntimo y sagrado fue repropuesto en el Templo de Jerusalén, era el Santuario, o el Santo de los Santos, separado por una tienda. Solo una vez al año, después de purificarse, el sumo sacerdote podía entrar para interceder en favor del pueblo. Jesús es presentado como el sumo sacerdote que entra «en una Morada más excelente y perfecta», es el Hijo de Dios que - después de su Resurrección - entra en el reino de los cielos y con su entrada nos introduce a todos nosotros.

Este nuevo santuario, no construido por manos de hombre, nos ofrece el signo de nuestro bautismo: aunque estemos en esta tierra, aunque estemos llamados a vivir el tiempo de la fe, debemos ser conscientes de la nueva dimensión en que vivimos: hemos sido purificados para servir al Dios vivo, el cuerpo de Jesús es el santuario, no construido por manos humanas, en el que nos encontramos con Dios.

ESPIRITUALIDAD

De una carta de Padre Pío a las hermanas Ventrella (Epist. III, pp. 569-570)

«¿Qué puedo hacer y decir más para detener este flujo de pensamientos en sus corazones? No os afligáis para sanarlos, porque esta fatiga los hace más enfermos. No os esforcéis por vencer vuestras tentaciones, porque este esfuerzo las fortalecería; despreciadlas y no os detengáis sobre ellas; representad en vuestras imaginaciones a Jesucristo crucificado entre vuestros brazos y sobre vuestros pechos; y decid, besando varias veces su costado: "He aquí mi esperanza, he aquí la viva fuente de mi felicidad; yo te sostendré, Jesús, y no te dejaré hasta que me hayas puesto en lugar seguro"».

En las palabras del Padre Pío parece resonar la lucha de Jacob con el Ángel: «No te soltaré si antes no me bendices!» (*Gn* 32,27). La lucha de Jacob con el Ángel describe muy bien la firmeza que se



requiere en aquellos que han elegido servir a Dios. La vida cristiana, de hecho, no es solo luchar contra el pecado o defender heroicamente su fe y ni siquiera es un ardor momentáneo, sino una contienda con Dios, conquistarlo en detrimento de nuestra libertad; el Espíritu Santo que nos es dado exige espacios suyos dentro de nosotros. Dicho así parece un enredo de situaciones, pero en realidad sucede precisamente esto: queremos conquistar a Dios para que él utilice al máximo nuestra libertad. Pero él se hace esperar, quiere poner a prueba nuestra fe.

El día de la fidelidad

En este mes nuestros Grupos celebran el Día de la Fidelidad: seremos probados «como oro en el crisol», dice la Escritura (cfr. *Sap* 3,6). No es suficiente prometer algo al Señor durante una hermosa ceremonia; no todo está dado por hecho en nuestra relación de amistad con Cristo; no podemos adaptar a Jesús a nuestra lógica y nuestras exigencias, prometer fidelidad es compartir el don total de sí mismo, que Él ha hecho al Padre: «Quien quiera ser mi discípulo, tome su cruz y sígame».

Ciertamente no nos encontramos frente a una divinidad que quiere vernos sufrir, más bien, Jesús dijo: «Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré», pero luego añade: «Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio». Este Jesús que acoge, en las palabras de Padre Pío y se convierte en guía en la fe, es la «esperanza y la viva fuente de la felicidad». La elección de fe, la de quien quiere purificar su corazón en el crisol, se convierte en una elección de alegría: «yo te tendré cerca, Jesús, y no te dejaré hasta que me hayas puesto en lugar seguro». En pocas palabras, la promesa de fidelidad es decir: «Te soy fiel como la novia al novio, porque eres tú mi felicidad».

En la dirección espiritual de Padre Pío a una de las primeras hijas espirituales, Erminia Gargani, encontramos una serie de pasos que deberían ayudarnos en este camino. La correspondencia con ella dura unos seis años, pero sabemos que después esta mujer continuará siendo guiada por el Padre Pío durante toda su vida.

El divino artista

Ya en la primera carta que escribe a Erminia, el 6 de diciembre de 1916, el Padre Pío quiere ayudarla a comprender el modo de actuar de Dios: «Con repetidos golpes de afilado cincel y con trabajo diligente al pulirlas, suele el artista divino preparar las piedras que deben entrar en la construcción del edificio eterno. Así canta la Iglesia en el himno del oficio de la dedicación de una iglesia; y así es en verdad. » (*Epist. III*, p. 659). La joven, que había pasado con fe por varios momentos tristes de su existencia, estaba presa de dudas sobre su vida espiritual, porque se sentía abandonada por Dios. Padre Pío la tranquiliza: «No es abandono, sino amor lo que te demuestra el dulcísimo Jesús» (*Epist. III*, p. 660).

El punto de partida para el crecimiento espiritual es, según el Padre Pío, la conciencia de que Jesús está dentro de nosotros: «Quédate tranquila sobre la existencia de la caridad divina en tu corazón» (*Epist. III*, p. 665). Las dos virtudes que recomienda en este período son la paciencia y la docilidad: cuando el futuro parece oscurecerse es necesario saber esperar la manifestación de la voluntad de Dios y acoger prontamente sus inspiraciones en el momento en que se manifiestan.

Los instrumentos son la meditación de la Palabra de Dios y la mesa eucarística: «Harás la preparación de todo el día, que se hace brevemente por la mañana, dirigiendo a Dios todo lo que harás durante el día; la oración mental ordinariamente antes de acercarse a la santa Misa y por una hora aproximadamente... Desde después del almuerzo en adelante escoge otro tiempo determinado para retirarte ante Dios con otra hora en busca de meditación» (*Epist. III*, p. 671).

Cuando Jesús es nuestro modelo

Se insiste a menudo en un testimonio de vida que debe ser la base de nuestro apostolado. Padre Pío considera que la conformación a Jesús como modelo de vida cristiana es el punto de partida de todo



GRUPOS DE ORACIÓN DE PADRE PÍO

«Jesús, aquí está mi esperanza, aquí está la viva fuente de mi felicidad»

Los Grupos de Oración de Padre Pío peregrinos de esperanza

apostolado; por eso sugiere a Erminia Gargani meditar a menudo sobre su vida: «... para que la imitación se dé, es necesaria la reflexión diaria sobre su vida; de reflexionar y meditar nace la estima de sus actos, y de la estima el deseo y el consuelo de la imitación» (Epist. III, p. 712). Inmediatamente después propone una lista de actitudes que deben adoptarse para ser un verdadero testigo de Cristo:

1. nunca te complacerás a ti misma;
2. no te lamentarás nunca de las ofensas, vengan de donde vengan;
3. perdonarás a todos con caridad cristiana;
4. llorarás siempre como pobre delante de Dios;
5. no te asombrarás en absoluto de tus debilidades, pero reconociéndote por lo que eres, te avergonzarás de tu inconstancia y de tu infidelidad a Dios; y, ofreciéndole tus propósitos y confiando en él, te abandonarás tranquilamente en los brazos del Padre del cielo, como un tierno niño en los de su madre.
6. no te exaltarás en las virtudes, sino repetirás: « todo viene de Dios» y a Él darás el honor y la gloria (Epist. III, p. 713).

Misioneros con los estigmas

Los estigmas del Padre Pío son el momento más evidente de la continua ofrenda de sí mismo que ha hecho en beneficio de la Iglesia. Las heridas tan visibles durante cincuenta años han sido sin duda el instrumento para acercar a muchas personas a la fe, pero detenerse en el signo externo sería no mirar la profunda relación entre el sufrimiento de Padre Pío y nuestras cruces cotidianas. El llamado constituido por esos signos fue la ocasión para hablar de un sufrimiento vivido en la fe y en la generosa participación en los sacrificios de Jesús.

En realidad nos encontramos ante ese misterio del dolor que une a todos los creyentes y los hace misioneros, precisamente cuando abrazan la cruz de Jesús y lo siguen hacia el Calvario. La insistencia con la que el Padre Pío implicaba a Erminia Gargani y a las otras personas que él guiaba espiritualmente en percibir la presencia de Cristo en sus vidas, corresponde a la invitación constante que hace de comprender la presencia de Jesús a través de la cruz.

Fidelidad en la alegría precisamente en aquel momento: aun con el dolor en el corazón y las lágrimas en los ojos, incluso con las marcas de la cruz sobre sus hombros, el creyente sigue esperando: «¡Felices los servidores a quienes el señor encuentra velando a su llegada! Les aseguro que él mismo recogerá su túnica, los hará sentar a la mesa y se pondrá a servirlos. ¡Felices ellos, si el señor llega a la medianoche o antes del alba y los encuentra así!» (Lc 12,37-38)

COMPROMISO DE FIDELIDAD

Oh Padre que nos has elegido y llamado para ser en el pueblo de Dios, "Viveros de fe y hornos de amor", Nos comprometemos, aquí frente a nuestra comunidad, a ser ministros de oración y de servicio a los que sufren; a renunciar al pecado con un serio empeño a crecer en las virtudes, especialmente en el seno de nuestras familias; a compartir nuestro camino en este grupo de oración, siguiendo la espiritualidad de San Pío de Pietrelcina y las enseñanzas de la Iglesia.

Prometemos fidelidad al Papa, a nuestros pastores y a los compromisos que asumamos en el camino común con los hermanos y hermanas de nuestro Grupo. Siguiendo los pasos de San Francisco de Asís, elegimos experimentar la hospitalidad para los necesitados, la solidaridad con los pobres y el amor por la creación. Virgen María, tú que guiaste el camino de San Pío de Pietrelcina, acoge nuestros santos deseos y acompáñanos en nuestro camino hacia la santidad. Amén

CANCIÓN